

—Mi papá dice que va a helar y el maíz subirá de precio.

—¿Tú como sabes?

—Porque anoche le tentó las nalgas a mi mamá y oí cuando le dijo: "Tienes esto muy frío; seguro que mañana hiela."

Mi tienda tiene tres puertas en la fachada que ve al mercado y otra que da a la calle del Subterráneo, e interiormente, la he dividido en tres partes. En la primera, donde el mostrador se recubre con un hule de pequeños cuadritos marrones, despacho la manta, los percales y demás artículos finos, como el papel para novios, los ternos de porcelana —de dos piezas, aunque les llamen ternos—, el hilo de carrete y los zapatos que manufacturan en León exclusivamente para mí, de una vida tan limitada, según dicen mis clientes, que son como las letras de cambio: a treinta días vista. En este lado, apoyada en el mostrador, hay una vitrina donde guardo las piezas de listón, los alfileres, las hormillas y las tarjetas postales decoradas con palomitas que llevan cartas de amor en el pico, corazones realzados y paisajes caprichosos de luna y nieve. Los tramos del centro de la tienda resplandecen como casullas de brocado y están repletos de latas de las que más consumo tienen aquí: pimientos morrones que parecen minúsculas barretinas catalanas; chiles jalapeños, que podrían hacer llorar a una estatua de mármol; ciruelas de España, que se aprietan dentro del envase como negros en una iglesia. Siguen unos tramos que exhiben los vinos, cuyas botellas alineadas simulan coros de opereta. Aquí los frascos encarrujados de moscatel de Sitges, las botellas de Jerez revestidas de oro, como toreritos pintureros; más allá los vinos del Rin, cuyos envases aristocráticos dan la impresión de galgos corredores; las botellas de champaña, que parecen antiguas señoras de amplia y discreta crinolina, y los tarros de ginebra de La Campana, de pechos rotundos y henchidos como las nodrizas de Argovia. Sin embargo, cada vino tiene su truco y cada truco es para mi tienda un pingüe negocio. Se fabrican en casa a base de recetas increíbles, siendo solamente legítimos los corchos y las etiquetas. Con azúcar quemada, agua hervida, unos racimos de uvas pasas y un poco de alcohol, elaboro un vino de consagrar bastante acreditado que después, en el templo, se convierte en Sangre Preciosísima de Cristo, para provecho del

cura y mío. Doy su color topacio característico al catalán Font, introduciendo dentro del barril una reata nueva de lechuguilla, y alguna vez hice coñac con infusión de alfalfa, siguiendo la receta de un manual poblano, pero resultó de un tono tan sospechoso y de un olor tan bucólico a *ecuario* recién llovido que tuve que renunciar a su explotación, resolviéndome a traer un coñac francés, que, si es cierto que es malo, con un poco de habilidad oratoria lo hago pasar por bueno y altero su precio según la etiqueta con que está envasado.

Tengo un cliente cuya pericia en la materia nadie pone en duda.

—¿Cuál de estas marcas prefiere? —le digo— dándole a probar la misma bebida escanciada en distintas botellas.

—Lo bueno siempre es lo bueno —contesta con aire de suficiencia—; déme usted del más caro. Y se lleva en catorce pesos una botella de coñac cuyo valor intrínseco no pasa de uno. Confieso humildemente que estas operaciones emborronan un poco mi conciencia y supongo, haciendo honor al gremio, que los demás comerciantes son más honrados que yo.

En los otros casilleros de la tienda hay de todo, como en botica, desde el azul de Prusia que sirve para el lavado de las ropas hasta la flor de zarzaparrilla, que sirve para el lavado de la sangre. Y si algo falta de lo que piden los clientes salgo a las volandas por el zaguán que da a la calle del Subterráneo, lo busco en donde lo haya y lo revendo con su tanto de utilidad. Según una máxima de mi padre, el secreto del buen comerciante está en no negar nada.

Algunas veces me asalta la fiebre del trabajo y no descanso un instante, ya sacándoles brillo a las balanzas, ya formando rimeros de tazas de vivos colores, ya limpiando los frascos de la Cariñena y del anís, también elaborado en casa, ya envolviendo medias libras de sal y de arroz para que los marchantes presurosos no se entretengan, o bien, partiendo en pequeños trocitos pilones de azúcar, atento a que el polvo no se desperdicie, pues con él fabricamos el más solicitado chocolate que vende "La Fama".

Otras veces me invade una extraña pereza, y, sentado a la turca sobre el mostrador, hago el balance mental de mis bienes, satisfecho de cuanto poseo. "Pero ¿será posible — pienso con íntima fruición— que yo, que tantas privaciones he pasado, nade actualmente en la abundancia y disponga de plata como cualquier ricacho del pueblo? Y dicen ahora que soy trabajador, honrado e inteligente, cualidades que cuando era pobre no tenía. ¡Oh, poder invencible del dinero, único Cristo que redime a los necios!..."

MI CASA

Es de las mejorcitas del pueblo, con sus ventanas de vidriera y su zaguán claveteado a la usanza española. Comunica al almacén con una puerta que da al escritorio, y a la trastienda, por un portillo negro lleno de telarañas. Las habitaciones son frescas y espaciosas y caen todas a un patio que más parece huerta que patio, en donde una lima, un limonero, un vástago, un guayabo y una pomarrosa se aprietan en tan corto trecho que sus raíces se enlazan y se confunden debajo de la tierra. Sin duda por esto las limas tienen sabor de plátano y las guayabas, al partirse huelen a rosa de Castilla.

Poquísimos muebles dentro de las habitaciones y humildes como de fraile franciscano. Unas cuantas sillas, la cama y un baúl de cedro para cada uno, que tanto nos sirve de guarderropa como de secreter. He puesto al mío una cerradura con campanita de alarma contra ladrones, porque yo soy el guardián del dinero, y el de mi hermana tiene un espejo por dentro de la tapa que lo transforma en tocador, para que ella se aliñe y se componga. Con esto cuida cada quien lo que más le interesa.

Un quiosco de madera que hay en el centro del patio, bajo el rebozo desflecado de una gran camelina, nos sirve de comedor. Yo mismo labré y pinté de blanco las tablas de un tinajero, y en ellas lucen, finchados y altivos, los trastos de mi madre, aquellos viejos trastos que conozco desde la niñez: la conservera de cristal cortado que canta al más ligero roce; los platos azules de la China en donde nos sirven el arroz de leche, pecoso siempre de canela, y los pocillos translúcidos

que a la hora del desayuno se atavían, como las majas españolas, con la blonda mantilla del chocolate.

¿Cortinas? El sol deja caer en las ventanas sus estores de oro, la luna sus diáfanos visillos de plata. ¿Alfombras? La sombra de los árboles del patio dibuja, sobre los pisos, curiosos y complicados arabescos. En un rincón del corredor hay una jaula con canarios. Es de mi hermano, a quien, según parece, Dios encargó que velara por todos los animales. En el otro extremo del mismo corredor un filtro de piedra estudia, con el monorrítmico caer de sus gotas, su invariable lección de piano.

No hay fuente cantarina que nos sirva de baño. Detrás del biombo que forman las hojas del vástago nos desnudamos paradisiácamente y con el agua de un barril y una pequeña jicara nuestra ablución matinal parece un rito de la secta bautista. Cuando quiero sentir la caricia del agua de pies a cabeza corro a zambullirme en el río al mismo tiempo que unos cuantos chiquillos, cuyos ojos maliciosos me dicen que están salando la escuela.

Los chicos me ven con familiaridad y me cuentan todas sus cosas a partir de una vez que me bañé con ellos y conversamos pintorescamente:

—Es usted el señor de "La Fama", ¿verdad?

—¿De la buena o de la mala fama?

—No, señor; el de la tienda.

—Sí, amiguito.

Todos entonces me cercaron, lúciendo a flor de agua sus barrigas requemadas de tepocate.

—Señor, dicen que usted cuenta muchas *malditurias* y que sabe hacer versos.

—Díganos unos, pero que sean colorados.

No me hice rogar más:

Cuando los muchachos juntos
vienen a bañarse al río
unos a los otros dicen:
¡Ya está *filoteando* el mío!

Ellos bajaron los ojos en un rápido registro que me incluyó y soltaron alegremente la carcajada.

Lo más notable de la casa es el retrete. Tiene la forma de una mesa cuadrada, con capacidad para cuatro personas, - que, si lo usan simultáneamente, se dan la espalda, lo mismo que los frailes que rodean la estatua de Colón, en la ciudad de México.

Los ruidos serán perceptibles, pero ninguna mirada indiscreta sorprende el gesto de satisfacción en el momento culminante del desahogo. En tal propicia postura mi padre y mi madre, mi hermana y yo, glosamos cotidianamente los sucesos del día.

Dos criadas, Lina y Aurelia, corren con el trabajo de la casa. Con el trabajo honesto nada más: barrer, cocinar, planchar. Lo digo porque suelen algunos amos exigir que las fámulas prolonguen sus servicios durante la noche en ocupaciones personales que muy bien requieren salario aparte.

Recuerdo el caso de un joven vecino nuestro a quien encantaban estos nocturnos devaneos, y como con frecuencia sorprendíalo la madre, para vigilarlo mejor, lo acomodó a dormir dentro de su misma alcoba.

El joven era dueño de una preciosa chivita murciana, negra como el azabache, que recorría libremente todas las habitaciones, igual que un duendecillo travieso.

Una noche mi joven vecino quiso llevar a cabo una de sus viejas y tan gustadas escapatorias. Había criada nueva en casa y era preciso probar con ella fortuna. Esperó, pues, a que la madre durmiera, y, en cuanto así lo tuvo comprobado, inició con sigilo el descenso de la cama, que rechinaba indiscre-

tamente, negándose a guardar el secreto. Aguzando los oídos y abriendo tamaños ojos, aquí tantaleando y más allá torciendo el cuello a un suspiro que también intentaba denunciarlo, el nocturno viajero llegó hasta el centro de la habitación. Un paso más rumbo a la puerta, otro aún, pero ya cuando el éxito estaba cercano, una silla se interpuso y, ¡oh desesperación!, rodó por el suelo.

—¿Quién anda por allí? —preguntó la señora incorporándose, asustada, en su lecho.

A lo que contestó mi vecino, concibiendo una idea salvadora:

—Soy la chivita, mamá...

Lina es menuda y apretada como una escobilla para peinar. Parece muy tierna todavía, pero yo creo que es como el machito del indio: chiquita y cargada de años. Tiene una idea inocente respecto a nosotros: nos cree muy ricos, porque en la tienda hay un depósito de petróleo, cuyo líquido se extrae con una bomba de mano, y ella piensa que es un pozo abierto en la tierra, como los que ha oído decir que existen en algunas regiones del país.

—Mientras tengan los amos esta minita no les faltará el dinero ni yo dejaré su servicio —dice maliciosamente, cual si estuviera en el secreto de algún oculto tesoro.

Aurelia es una campesina joven, huraña, de ojos acerados y de unos colores tan vivos que parece que por todos los poros le va a brotar la sangre.

Un día me vio brincar y correr persiguiendo a mi hermana, con ese regocijo inusitado que sólo da la juventud, y esto bastó para que ella formara su juicio respecto a mí.

—El señor es terrible —dijo huyendo de mi presencia como de la del diablo.

—¿Por qué te aprietas tanto el corpiño? —le pregunté una vez a quema ropa. Y ella exclamó, sin mirarme siquiera:

—¿A usted qué diantres le importa?

Desde entonces nunca más me dirige la palabra, y a la hora de comer me sirve, de extremo a extremo de la mesa, las tortillas y los platos.

Una mona y un perico, ambos también de mi hermano, ejercitan funciones de sirvientes. Cuando tocan el zaguán el loro pregunta desde su estaca: "¿Quién es?" Al oírlo, la mona corre a la puerta y con muchos trabajos la desatranca y entreabre, cerrando nuevamente de golpe, si el que ha llamado es un chico y abriendo de par en par si es una persona mayor. Nuestros visitantes prefieren ya entrar por la tienda para no encontrarse con ujier tan extraño.

Mi casa es tranquila, salvo los ruidos peculiares en toda casa de pueblo. En las mañanas, temprano, la escoba pasa por los corredores con su rumor de enagua almidonada; las gallinas cacarean en el corral, lo mismo que las muchachas en el atrio, cuando salen de misa; la mujer del metate, al extender las tortillas, aplaude con entusiasmo, como cantadora de flamenco, y el loro a veces, para congraciarse con Dios, canta el Corazón Santo.

Suele mi hermano sentirse nostálgico de la metrópoli y mientras andurrea por la casa en mangas de camisa, arremete con trozos de viejas zarzuelas de un modo tan desentonado — que si canta *La viejecita* se confunde con *El señor Joaquín*. Los animales se desasosiegan oyéndolo y lo miran con ojos — interrogadores que parecen decirle: "Por qué lloras, amigo?"

¡Ruidos, ruidos hogareños del amanecer que sirven de despertador; ruidos meridianos de trasiego doméstico; ruidos lasos del atardecer que buscan un último acomodo — aves, céfiros, niños—; ruidos discretos de la lluvia sobre los tejados, a la medianoche, que hacen amable el refugio de las sábanas y que son el comentario sinfónico de un mundo que aprisiona mis grandes sueños y mis pequeñas esperanzas!...

PARROQUIANOS

Los clientes de mi tienda se dividen así: hombres de mucha entidad que prefieren tratar sus negocios con mi padre y que a mi me ven con cierto desprecio, principalmente cuando hablan de la cosecha del ajonjolí o del peso y pelaje de sus novillos, y la caterva de los centaveros, regatones del mercado, criadas engreídas y chicos de la escuela oficial que buscan mi trato, porque, a espaldas de mi padre, les fío cuanto me piden con tan buena fortuna que han sido pocos los insolventes. Tengo también los domingos otras clases de marchantes: peones y campesinos de los ranchos cercanos a quienes sirvo de secretario, de consejero y, a veces, hasta de médico.

Mientras Miguel, el albéitar de Chupio, se toma una copa de mezcal, me dice:

—Hágame una carta de segunda para Juanita, porque no he recibido respuesta de la primera, y güéllvale a decir aquello que desde el feliz momento que la vide...

Sirvo a Juanita también de amanuense y cuido de aconsejarla que no apresure las respuestas:

—Déjalo que se potree un poquito para que se enyerbe más.

Don Merced, el viejo de Upánguaro, baja los días festivos con su más limpio calzón y su camisa más planchada trayéndome ya el *tambacho* de nisperos, ya el manojito de frescas — azucenas, porque me tiene en grande estima. Me llama su compañero, su amigo del alma, y me dice que se siente más cerca de mí que de nadie, no obstante sus setenta años que le han llenado de escarcha el pelo. ¿Motivo? El de hacer versos como yo, aunque no los escriba, y cuando viene al pueblo me los recita para que se los traslade al papel. Jamás oso corregírselos, siendo quizá éste el secreto de nuestra gran armonía. Yo trazo fielmente lo que él me dicta, y nada más:

Díjome una mariposa
que no fuera bandolero,
que no me casara chico
y viera el mundo primero.

—Muy bien, don Merced.

—Oiga, oiga:

Le dije a una mariposa
de las que hay en el Parián,
si no fueras cautelosa
jugaríamos un cunquián
con una baraja hermosa.

Muchachitas del Cuichán,
muchachos hijos de Adán,
los que nacen por aborto,
ya si sobre me darán,
que al cabo yo poco importo,
como dijo El Pato.

—Inspiradísimos.

Y él me contesta, muy ufano:

—Tienen su *sostancia* filosófica, ¿eh? Pues le voy a -
empujar otros:

¿De qué nos sirven topacios de Oriente
si no tenemos buril para bruñirlos?
¿Y de qué nos sirve la voz del Presidente
si no tiene nunca la piedad de oírnos?

Algunas veces he subido a su rancho, al pie de la sierra, para recrearme en su huerto y para admirar de cerca un Cristo que tiene dentro de una troje y al que le ha horadado las costillas acomodándole debajo una asadura de carnero, - que hace más humano al Señor, según don Merced afirma. También me he bebido en su casa algunas copitas de un vinillo - que él mismo elabora y cuya botella tiene esta leyenda: *Vino*

de quince sabores y treinta más para tomarlo con soleta fina.

En las horas que preceden a la comida estoy solo en la tienda y las aprovecho para despachar mis asuntos de evangelista y para resolver las consultas que me hacen.

Silverio quiere saber si puede casarse con sombrero de bola color café, porque no tiene otro. Aprobado.

Zenón me rogó que le buscara un nombre bonito para bautizar a su primogénito. "Ponle Bayardo", le dije, y *Bayardo Gudiño* se llama el muchacho, quien acaso no tenga en la vida más tacha que su nombre.

Mi parroquiano más asiduo era el chino Jiménez. Llegaba a la tienda acicalado, erguido y decididor, y salía de ella - mustio y torpe después de exonerar los frascos del agraz. Pero como el vino le inspiraba ideas téticas y hablaba siempre de quitarse la vida, un día se me ocurrió probarlo y puse a su alcance, sobre el mostrador, una pistola. El chino me miró con ojos atónitos, movió lentamente la cabeza, quizá para sacudirse las ideas trágicas, y con voz desgarradora me dijo:

—Yo creí que usted era mi amigo.

Desde entonces no ha vuelto a poner los pies en mi casa.

Algunas veces se agrupan en torno mío, para oírme leer, gentes humildes, de inteligencia inculta, pero de fácil comprensión: Jesús, el tablajero; Lázaro, el cargador; un pequeño limpiabotas, a quien apodan *La Serrucha*, y doña Lupe, la que vende pozole junto a la puerta de la cárcel y deja - abandonado el puesto por no perder una sola sílaba de la lectura. Leí *Los Miserables*, de Víctor Hugo, a tan selecto - auditorio. Todos lloramos al final, en la muerte del señor - Magdalena, y cada quien expuso su comentario:

La Serrucha. —Por favor, guéllvanos a ler lo de Gravo--che.

Jesús. —Quisiera que resucitaran todos para conocerlos.